

Sor María Trocatti

Dios llama en la selva

En 1892 el Boletín Salesiano llegaba a Corteno de Brescia (Italia), y la maestra, al final de la lección, lo leía a sus pequeños alumnos y alumnas. Leía las cartas de los misioneros, sus aventuras en las pobrísimas regiones de América del Sur, su trabajo entre los emigrados y los indios. Entre las niñas que escuchaban encantadas estaba María Trocatti, con nueve años y una inocencia que afloraba en sus ojos claros. María hubiera querido partir enseguida para las misiones, pero había otras cosas que hacer en la casa. Había que subirse, todos los veranos, a los Alpes con las cabras, hasta el refugio. Habría que preparar la polenta para el papá y los hermanos que cuidaban las vacas en los prados altos, ordeñaban la leche y hacían el queso.

En 1900 María cumplió diecisiete años, y tuvo la valentía de confiar a alguien su gran deseo. Se lo manifestó primero a su hermana mayor, Catalina, luego al párroco. La mayor dificultad estaba en decirselo a su padre, hombre rudo y con un amor muy tierno a sus hijas. Una mirada severa de sus ojos y un largo silencio de enfado cerraron la conversación, durante cuatro años. María rezó, continuó obediente y serena la vida de todos los días. En 1940 María Trocatti cumplía veintiún años, y continuaba constante en su decisión. Hasta que su padre le dio el permiso

Trabaja como salesiana en la comunidad de Varazze, cuando estalla la primera guerra mundial. Sor Trocatti toma parte en un curso de enfermeras, mientras el colegio salesiano se transforma en hospital. Tiene treinta y dos años cuando comienza a dar vueltas por los corredores, entre los soldados destrozados por las granadas. El 25 de junio de 1915, un violento tornado se abate sobre Varazze. El agua del torrente Teiro invade el colegio, rompe las paredes. Sor Trocatti se encuentra sobre una mesa del comedor arrastrada por la corriente. Le promete a la Virgen que si salva su vida irá a las misiones. Se salva agarrándose a una barandilla. Escribe a la Madre General, contando lo que ha sucedido y haciendo su petición para las misiones. Pasan siete años, y la petición duerme en los cajones de la Superiora.



Un día María Daghero llama a sor Trocatti: "Hace siete años que pediste ir a las misiones. ¿Pero cómo podía mandarte en plena guerra? Ahora los mares están tranquilos. Irás al Ecuador".

Sor Trocatti pasa su primera navidad misionera en Chunchi, una pequeña ciudad montada sobre las espaldas de la cordillera y habitada prevalentemente por indígenas. Llegó el Obispo misionero Domingo Comín y dijo: "Es hora de partir". Empezó a andar la gran expedición que debía atravesar la altísima cordillera andina y luego bajar a la selva, hasta la tierra de los indios shuar.

En Cuenca, a 2000 metros de altura, Sor Trocatti y sus dos jovencísimas compañeras se vistieron para un viaje por la selva. Se pusieron en camino con el obispo, dos salesianos, doce robustos porteadores. Sor Trocatti no se acordaba de cuánto había durado el viaje: recordaba que había rezado, llorado, que había perdido los tacos de las botas y que se había desmayado, recordaba que en aquel interminable viaje le había entrado miedo: un miedo invencible a aquella marea verde que no se acababa nunca, y que la iba a acompañar durante meses y años.

Un tiro de fusil rompió el desagradable encantamiento. Un tiro de fusil disparado por el padre Corbellino, que con algunos shuar había salido al encuentro, había visto desde arriba la caravana y daba así la bienvenida. Se abrazaron, corrieron en canoa un trecho del río Paute. Y he ahí Méndez, el centro del vicariato apostólico confiado a monseñor Comín.

Después de la parada en Méndez, la caravana siguió hacia Macas, a cuatro días de camino. La misión con la casita de las hermanas se alzaba sobre una colina. La acogida fue cordialísima. Sor Trocatti tenía cuarenta y dos años. Pasaría otros 44 en aquella selva, en el ambulatorio y en la escuela, sobre los senderos y las canoas con las que llegaba hasta las jibarías, entre aquella gente que comenzó a llamarla "madrecita".

En 1947 se rompe de golpe el aislamiento de la selva: pequeños aviones consiguen unir Méndez con la capital del estado, Quito. El 27 de agosto de 1948 sor Trocatti sube a uno de los pequeños aviones y va a la capital a hacer los ejercicios espirituales. Tiene sesenta y cinco años. En los años siguientes ve llegar la luz eléctrica, la estación de radio, el molino, la trilladora, hasta un jeep. Ve nacer, como un milagro, la Federación Shuar, para defender a las familias indígenas de las prepotencias de los blancos.

25 de agosto de 1969. sor Trocatti tiene ochenta y seis años y las piernas hinchadas. Ya no la llaman "madrecita", sino "abuelita". Sube una vez más a un pequeño avión para ir a los ejercicios espirituales. Pocos minutos más tarde, la radio de la Federación Shuar interrumpe la transmisión y una voz estremecida comunica: "Hoy, a las quince horas, un avión ha caído poco después de su salida. Nuestra madre, sor María Trocatti ha muerto". Había quedado extendida sobre la hierba con los brazos abiertos. El último gesto resumía toda su vida: había abierto los brazos a todos, en nombre de Dios.